

MURCIA

REDACCION: Avda. Ibáñez Martín, 15 ● TELEFONOS: 234000-04-08 y 230797

inlingua internacional
CURSOS DE VERANO
75 CENTROS EN
INGLATERRA - FRANCIA - ALEMANIA
INFORMESE EN MURCIA, ALEJANDRO SEQUER, 11. Tel. 210839

Garrigues ejercía de murciano en Madrid

«El crecimiento de Murcia será espectacular», dijo a LA VERDAD en 1978

«Pienso que tenemos dos grandes problemas para los próximos años: uno el que resulta de una economía todavía en trance de recuperación, y otro el proceso autonómico, que va a producir numerosas tensiones entre las distintas regiones y el propio Estado». Recuerdo estas palabras de Joaquín Garrigues como si las hubiera pronunciado ayer; estábamos en La Manga, en un chalet desde el que se divisaban los dos mares, un 12 de agosto de 1978; era a la sazón ministro de Obras Públicas, y pasaba unos días de descanso en Murcia —tierra a la que desde el advenimiento de la democracia venía con frecuencia— cuando aún no se le había declarado abiertamente la enfermedad, cuando su bazo aún no había empezado a ser noticia. Poco antes un enorme perrazo que vigilaba el chalet de los Maestre, donde estaba, me había dado un susto de los gordos.

Ya en aquella ocasión, a bastantes meses de las elecciones generales de marzo del 79, la visión política del liberal Garrigues Walker daba en el clavo. «Las alternativas que tenemos en este momento —decía—, son muchas. Yo pienso que, finalmente, las elecciones legislativas serán inevitables en un plazo breve. Aunque el problema que plantean es que, en mi opinión, no van a alterar sustancialmente los resultados de las del 15 de junio de 1977; no se va a producir en ellas un vencedor absoluto que despeje definitivamente la incógnita de quién puede gobernar contando con la mayoría de los votos». Meses después Suárez dio la sorpresa: habría elecciones generales. Las hubo, como Garrigues había predicho, y de las urnas salieron los resultados que él había adelantado. Nadie contó con la mayoría absoluta: el panorama político español no se alteró sustancialmente. Aunque en Murcia sí dióse un pequeño vuelco en favor de los socialistas.

1977: MURCIANO DEL AÑO

Antes de su enfermedad —y después alguna vez— Garrigues venía por Murcia con cierta frecuencia, desde aquel día, en los albores de la transición, en que la Asociación de la Prensa lo nombró murciano del año. Porque Joaquín Garrigues Walker era un murciano que ejercía en Madrid,

como él mismo dijo aquel día de 1977 en que los periodistas murcianos le entregamos el laural. Su abuelo era de Totana, donde aún vive su tío León; también en Cieza tenía parientes. «Murcia fue para él su casa —se decía en LA VERDAD el pasado 10 de abril—, de niño y de mayor. De niño cuando los años difíciles de la guerra, en que hubo de trasladarse con su familia desde Madrid a Totana en un interminable viaje en camión. De mayor en sus visitas a la casa familiar; luego como ministro —no le gustaba hablar del Tránsito—, más tarde como diputado y más tarde como presidente de la UCD murciana».

«Se ha mezclado con el pueblo murciano, con la tierra; ha estrechado miles de manos, ha acudido a nuestras costas, refugiándose en ellas los pocos fines de semana que tenía libres. Ejercía de murciano y deseaba que así se le considerase, porque amaba a esta tierra, tal vez porque, como escribió en su «Anecdotario», «sólo se puede amar tan intensa y desproporcionadamente cuando se apagan las luces de la esperanza, se cierran las claraboyas y se van las estrellas del horizonte de la vida». Aunque tal vez esas estrellas sean ahora más grandes y vivas que nunca.

Durante estos años, en sus viajes, en sus estancias en la Región Murciana, muchas son las cosas que ha dicho Joaquín Garrigues, y se haría así interminable su enunciado. Lo más importante es constatar la huella que su personalidad abierta, su talento democrático, su humor y su serenidad han dejado en amplias capas del pueblo. Yo lo pude comprobar ayer personalmente, al dar la noticia a gentes sencillas, con un mínimo de sensibilidad política, pero alejadas de militancia de cualquier signo. La primera reacción era de consternación. Un gran hombre y un gran político se ha ido. Ya no podrá ver esa Murcia que él predijo en nuestra conversación de agosto del 78, a propósito de los estudios del territorio que estaba haciendo el MOPU, del que era titular en aquellos momentos. «El crecimiento de Murcia de aquí al año 2000 puede ser espectacular, tanto desde el punto de vista demográfico como del industrial y los servicios». O quizás sí lo vea desde algún lugar, con su sonrisa socarrona.

ARTURO ANDREU



Si el pueblo murciano vio en alguna ocasión a Garrigues como alguien distante, la imagen se esfumó para quienes no le conocían durante la campaña electoral para las legislativas en 1978, poco antes de declararse abiertamente su enfermedad; frecuentaba los lugares públicos, jugaba a los bolos con los huertanos o iba a los mercados. Muchos han sentido su pérdida, como el secretario de la UCD, Martínez Meseguer, a quien ayer se le escaparon las lágrimas. —(Fotos TOMAS y archivo).

Se nos ha muerto un democrata

No sabemos si Joaquín Garrigues tenía conciencia de que sus días estaban contados y de que la muerte había puesto plazo a su vida. Se puede asegurar, sin embargo, que hubo un tiempo a partir del cual, los escritos que dio a la publicidad dejaban entrever su convencimiento de que algo muy grave le estaba ocurriendo. El simple dato de que Garrigues sublimara, quizás sin quererlo, la tragedia más que intuida, haciéndola pasar por el aro de su sentido del humor, confirma que, por encima de las posibles mentiras piadosas de amigos y familiares era consciente de la inutilidad de cualquier esfuerzo. Por lo común, el enfermo grave, pero con más posibilidades de seguir viviendo que de morir, se siente a ratos alegre y a ratos derrumbado. Otra cosa es cuando el hombre, como en el caso de Garrigues, da por inevitable que la muerte es cuestión de semanas o todo lo más de meses. Entonces, ya no cabe esperar, sino desesperar.

Joaquín Garrigues pudo haber elegido, como tantos otros, la actitud irracional, pero comprensible, de engañarse a sí mismo, o la más racional, y también comprensible, de abandonar el mundo de la profesión y de las relaciones, para encerrarse a solas con su propio destino. Eligió, para ejemplo de todos nosotros, la más noble e infrecuente actitud: reírse de su enfermedad, de lo absurdo de morir joven, del bazo, de los glóbulos... reírse, reírse, reírse. Si la enfermedad venía «a por él», implacable y solemne, envanecida por su macabro balance de muertes, él decidió ir «a por la enfermedad» moviéndose de ella, haciéndole saber que, tras la titánica lucha, el hombre caería finalmente, más no bajo las garras de una vulgar enfermedad que, por ser sólo un instrumento, carece de títulos para presumir de haber matado también a Garrigues, sino por el mandato inapelable de un «alguien» superior que nos gobierna desde un —¿cercaño?— «más allá». Sencillamente: Joaquín Garrigues ha tenido el valor de enfrentarse con la leucemia, asestandole incluso el golpe —el que más duele— de ni siquiera llamarla por su nombre.

Es la reacción de quien no se manifiesta liberal sólo en las formas. «Acepto que la enfermedad me mate (¿qué otro remedio queda?), pero acéptese a mí que me mofe de la enfermedad». Juguemos limpio, sí, asumiendo lo inevitable, pero juguemos hasta lo último. Garrigues intuyó en Murcia —pues en Murcia nació el diagnóstico primero— que su vida no iba para largo. Murcia, como si tuviera mala conciencia, lo llamó para hacerlo presidente de la UCD. Y Garrigues regaló a la UCD murciana el honor de tener como jefe a uno de los pocos demócratas verdaderos con que cuenta este país. Con sus aires de señorito, que no de señorítingo, Joaquín Garrigues sorprendió a la gente sencilla que iba a los mítines, porque aquel que parecía a primera vista, un «clásico ministro», distanciado, frío, se acercó inmediatamente con el pueblo, de tal manera que, ahora mismo nadie dice que ha desaparecido un ilustre líder del partido en el Gobierno. Lo que la gente dice —y dice bien— es que a los españoles se nos ha muerto un democrata. Y hay que llorar-lo, porque, desgraciadamente, demócratas no nos sobran.

La verdad

GRATIS
para los lectores
de
La Verdad
VACACIONES EN EL MAR
VER EN PAGINA INTERIOR